

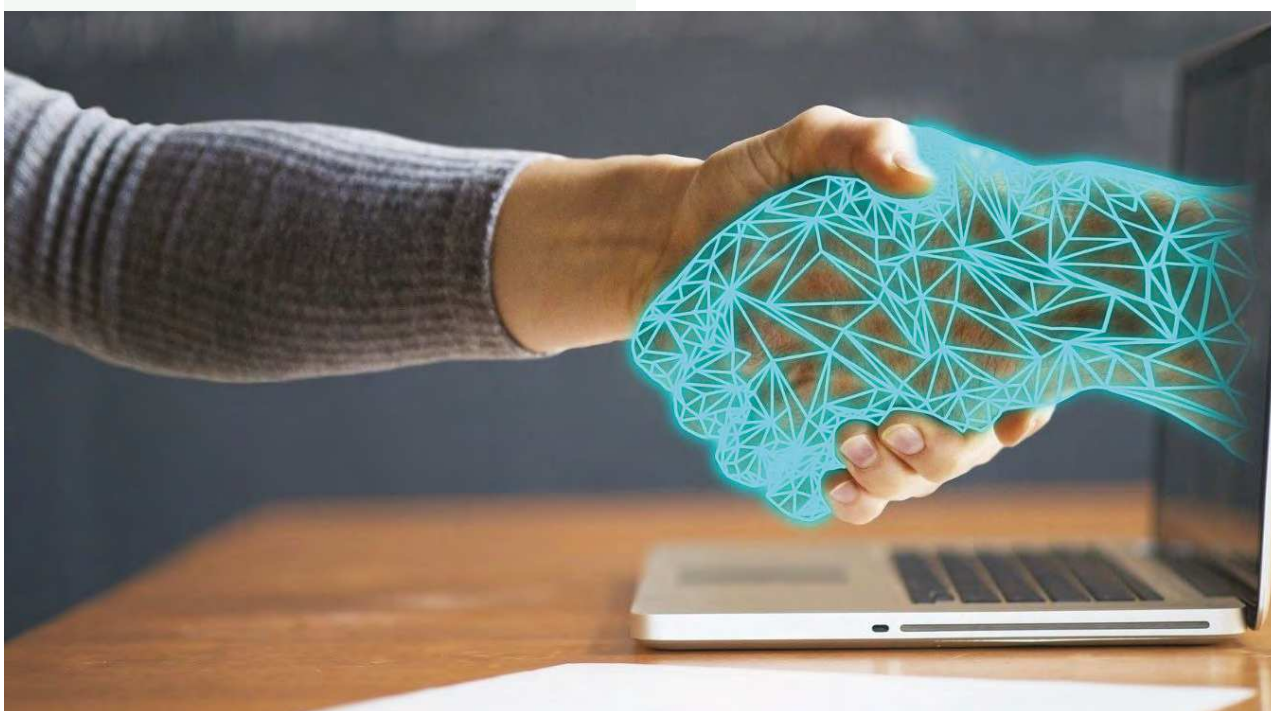
TRANSHUMANISMO

LA UTOPIÍA DE SUPERAR LO HUMANO

Por Francisco A. Castro Pérez
Sacerdote de la diócesis de Málaga

El "transhumanismo", un movimiento cultural, social y político que pretende transformar la condición humana a través de la tecnología con el firme apoyo del mercado. El escándalo está en que el humanismo se contradiga a sí mismo, en lugar de inspirarse en el acto del amor de Dios.

Cuando todo indicaba el fin de los "grandes relatos" (Lyotard), se extiende hoy una nueva utopía que lleva un paso más allá la aspiración moderna a una nueva humanidad. Se trata ahora, no solo de alcanzar una humanidad más feliz, a través de una libertad más autónoma y una razón despojada de tuteladas, sino de llevar a la humanidad a un nuevo estadio, que trascienda sus límites naturales. Esta utopía, plasmada en propuestas filosóficas y promesas tecnológicas, popularizada por incontables obras literarias y cinematográficas de ciencia ficción, conforma un nuevo imaginario social que despierta entusiasmo en unos y pesadillas en otros.





Diversas facetas del trashumanismo implican una postura crítica frente al humanismo, precisamente reflejada en la adición de prefijos: “poshumanismo” y “transhumanismo”. Estos términos son a menudo intercambiables, aunque indican aspectos distintos del fenómeno. El prefijo pos- sugiere un cambio de perspectiva, que sitúa lo humano en un marco más amplio capaz de integrar nuevos elementos —y que empuja a desdeñar otros, hasta ahora considerados distintivamente humanos—. Por su parte, el prefijo trans- apunta a la superación de la actual humanidad, que de forma consciente dirige el proceso evolutivo, hasta ahora dependiente de una azarosa selección natural, hacia una fase supuestamente más avanzada.

En estas páginas procuramos aclarar un poco los perfiles de esta poliédrica utopía cultural y cientista que se está asentando en nuestra sociedad, además de dar algunos elementos para su interpretación crítica.

“Existe un conflicto ético entre lo que es posible y lo que es legítimo hacer, entre el poder y el deber”

POSHUMANISMO CULTURAL: EL SER HUMANO YA NO ES LO QUE ERA

La utopía concierne, en primer lugar, a la dimensión cultural. Nuevos imaginarios sociales implican nuevas visiones de la humanidad, con sus consiguientes propuestas éticas.

Poshumanismo biocéntrico: el planeta de los simios

Un notable cambio de imaginario se da en la negación de la singularidad humana y de su

puesto hegemónico. La sombra de Darwin se cierne sobre nosotros para advertir que la humanidad surge como producto de la evolución biológica, como el resto de las especies. Una visión ideológica extrae del hecho de la evolución conclusiones extremas: el hombre queda reducido a animal, a ser un simio con suerte, destinado a continuar la ciega travesía de nuestros genes a través de las generaciones, sin otro sentido. Dignidad, libertad, amor, trascendencia... son meros espejismos (Dawkins). Los documentales no se cansan de mostrar ejemplos de comportamiento y psicología animal pretendidamente análogos a los humanos. La lucha por los derechos de los animales (Singer: proyecto Gran Simio) empuja a moderar el impacto del ser humano sobre la biosfera. Esto incluye el ánimo neomalthusiano de reducir la natalidad humana a toda costa. A partir de una nueva conciencia de unidad planetaria, vegetarianismo y veganismo abren el camino al surgimiento de una nueva raza humana: el homo veganus.

Poshumanismo de género: el mito andrógino

En el marco del poshumanismo cultural es preciso situar la ideología de género. Nuestra condición sexuada hace de cada ser humano que viene a este mundo invariablemente mujer o varón. El género, por su parte, remite a los comportamientos sociales típicos, culturalmente mediados, que se vinculan a uno y otro sexo. La ideología de género va más allá de esta distinción: pretende la asignación libre de género, independientemente del sexo, e incluso hacer depender el mismo sexo de una opción personal. Se busca la normalización social de la homosexualidad, la transexualidad, las terapias hormonales y quirúrgicas de “reasignación de sexo”, así como de una amplia gama de “identidades sexuales” queer, es decir, “extrañas”, ajenas a lo que se entiende como meras convenciones sociales que se han de superar.

Con clara tendencia dualista, esta ideología pone entre paréntesis la especificidad humana y el significado esponsal de nuestra corporalidad sexuada. Las aspiraciones del antiguo feminismo a la libertad y la igualdad entre sexos quedan ampliamente superadas por una concepción del ser humano como andrógino, es decir, de sexo indiferente: ser niño o niña, varón o mujer, esposo o esposa, padre o madre, deja de ser un dato relevante. La sexualidad pierde su referencia corporal y humana para ser una especie de energía que lo impregna todo y que se anima a experimentar de forma lúdica sin perfiles natural ni culturalmente definidos, sin relación predeterminada al amor, ni al matrimonio, ni a la capacidad de engendrar.

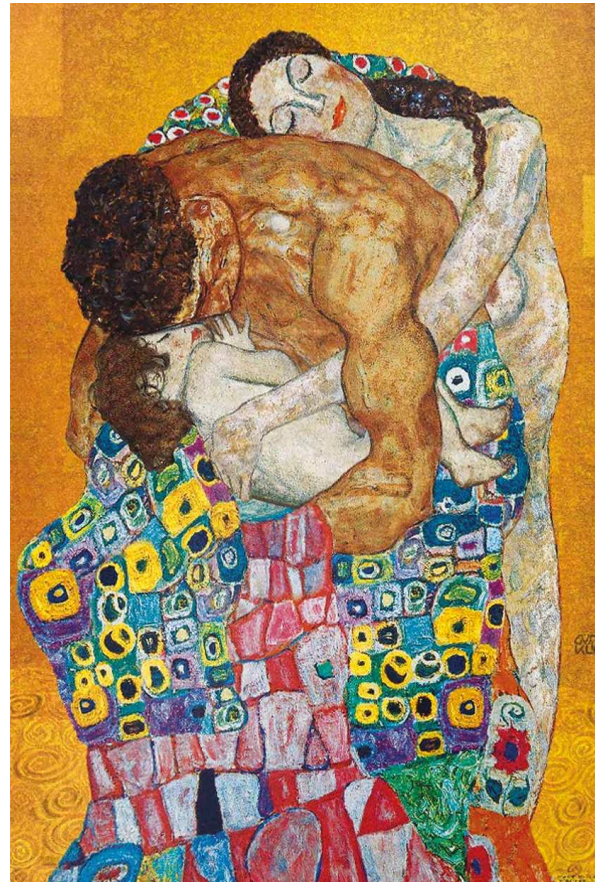
TRANSHUMANISMO TECNOLÓGICO: EL VUELO DE ÍCARO

Las capacidades que ofrecen o prometen las nuevas tecnologías (informática, ingeniería genética, nanotecnología molecular, ciencia cognitiva...) sustentan el sueño del mejoramiento humano, a través de la superación de limitaciones individuales y de la especie. Se exagera aquí el conflicto ético entre lo que es posible y lo que es legítimo hacer, entre el poder y el deber.

Transhumanismo atanásico: la fuente de la eterna juventud

La humanidad ha buscado siempre paliar sus limitaciones y enfermedades a través de sustancias, que procuran la recuperación de la salud física o mental, y de diversos tipos de prótesis, que permiten complementar o restablecer las funciones naturales. Todo esto se realiza con voluntad terapéutica, fundada en parámetros de normalidad.

Sin embargo, la intención terapéutica llega a su extremo en la carrera contra el



envejecimiento y la muerte. La investigación de los mecanismos de envejecimiento celular, el avance en las técnicas de trasplantes, con la producción de órganos artificiales, incluso generados a partir de células del mismo individuo, la posibilidad de criogenización —recuperación de las funciones vitales de un organismo congelado—..., han llevado a soñar con la inmortalidad, o al menos la extensión de la vida humana hasta límites inéditos, de varios cientos de años.

Transhumanismo biónico: superhombres

Llevando el uso de los medicamentos y de las prótesis más allá de lo terapéutico, hoy muchos buscan superar con medios técnicos las limitaciones de nuestra naturaleza. A través de implantes cerebrales, sofisticadas prótesis con funciones ampliadas..., sería posible extender nuestras



capacidades naturales o adquirir nuevas capacidades físicas, sensoriales o mentales. En el extremo, encontraríamos organismos cibernéticos (cyborgs), en los que basta que permanezcan las funciones mentales con sede en el cerebro. Este sueño concibe al ser humano como una máquina biológica, olvidando la especificidad humana (histórica, relacional...) de nuestro cuerpo, que pasa a ser considerado un mero material modificable y sustituible con gran plasticidad.

Transhumanismo eugenésico: el sueño de los tiranos

La intervención humana puede llegar a considerarse factor de evolución biológica: a los procesos de selección natural (Darwin), habría que añadir la selección por medios técnicos. Esto supone un salto más: desde planteamientos terapéuticos y de mejora de los individuos, a uno eugenésico. La eugenesia consiste en la selección premeditada de los individuos que han de nacer, según sus características. Esto, que en principio afectaría solo a individuos aislados, podría llegar a afectar a la misma especie humana, en la medida en que la selección de rasgos genéticos se prolongara en las generaciones sucesivas. Las técnicas de selección germinal y de clonación abren la posibilidad de la producción de individuos con determinadas características genéticas —así el polémico caso de los “niños medicamento”—. A esto habría que añadir la superación de la necesidad de reproducción sexual y tan siquiera de un útero materno, verdadero sueño del posfeminismo; y la tentación de combinar el genoma humano con genes de otras especies, para la producción de quimeras. El capricho de moda: ¿encargar un hijo fosforescente?

En este panorama, a base de esquivar la lotería genética, se produciría una ruptura radical de simetría, quebrando el mismo suelo donde se asientan la solidaridad

y la empatía. En la sociedad unos serían productores de otros, considerados como medio y no como fin en sí mismos. Quienes no fuesen producto de selección eugenésica llevarían siempre la carga de la “culpa” de sus padres, que decidieron que naciese con sus limitaciones (las cuales, por otra parte, no dependen solo de la genética). Sería fácil justificar la discriminación en el acceso a servicios o al empleo. En una distopía nada difícil de imaginar, unos individuos nacerían para formar parte de la élite y otros esclavos especializados.

Es muy claro el peligro de que, ante la posibilidad técnica, se salte el discernimiento ético para dar pasos en el terreno de los hechos consumados, llevando a la sociedad a deslizarse por una pendiente resbaladiza hacia situaciones difíciles de revertir.

TRANSHUMANISMO ROBÓTICO: UNA HUMANIDAD ARTIFICIAL

Las historias de Pinocho y Frankenstein tienen su correlato hipertecnológico en la posibilidad de crear máquinas inteligentes. La inteligencia artificial, cada día más presente en las tareas que cotidianamente realizamos con ayuda de dispositivos informáticos, podría llegar, según las optimistas predicciones de algunos, a un punto de “singularidad”, a partir del cual las máquinas fueran sujetos de auténticos estados mentales y debieran incluso ser reconocidas como personas.

La ciencia ficción ha explotado este motivo hasta la saciedad: computadoras, robots, andróides o “replicantes” con personalidad propia. El delirio lleva a algunos a describir un futuro posbiológico, donde las máquinas serían capaces de autorreplicarse y colonizar otros planetas. Hay quien postula la posibilidad de verter la mente de una persona en un soporte informático, que hiciera posible su pervivencia personal.

Estas promesas resultan muy inverosímiles y adolecen de un dualismo de nuevo cuño, inmanente, donde **se reduce al ser humano a una mera conjunción de hardware y software, de soporte e información**, que podría ser replicada en artefactos capaces de realizar procesos complejos de cálculo, de forma inteligente solo en apariencia.

¿MÁS ALLÁ DE LO HUMANO?

La utopía transhumanista pretende un progreso. Cabe preguntar: ¿cuál es el criterio de lo humano, que permita advertir que cualquiera de los cambios propuestos suponga una mejora? En segundo lugar, la aspiración de la humanidad a superarse forma parte de su condición perenne. En definitiva, ¿no constituye nuestro auténtico reto, no ya superar lo humano, sino ser más auténticamente humanos?

La cuestión antropológica

Cierto “absolutismo de la técnica” (Benedicto XVI) inclina a considerar legítima cualquier propuesta avalada por el prestigio de la ciencia y la tecnología. Frente a esto, es preciso invocar algún criterio que permita interpretar estas propuestas críticamente. Tal criterio ha venido siendo, antes del desdén hacia la metafísica propio de la edad contemporánea, la noción de “naturaleza humana”.

La cuestión acerca de qué es el hombre, qué es verdaderamente humano, ha de presidir cualquier juicio acerca de la bondad de las decisiones éticas que, de forma individual y colectiva, nos plantean las nuevas posibilidades tecnológicas. Sobre esta convicción se basó la propuesta de diálogo que el Concilio Vaticano II lanzó a la secularidad (*Gaudium et spes*). No hay motivos para renunciar a la cuestión antropológica, que será preciso presentar de modo sensible a los diversos enfoques actuales de la ciencia y de la filosofía, para contribuir al debate ético.

“¿No constituye nuestro auténtico reto, no ya superar lo humano, sino ser más auténticamente humanos?”

Nuestro destino: ser más que humanos

La respuesta original de la fe cristiana a la cuestión del hombre es que hemos sido creados “a imagen de Dios” (Gn 1,27). A esta luz, podemos interpretar los actuales intentos de superación de lo humano como reflejo del anhelo de infinito que nos habita, por el cual la plenitud de lo humano se halla, paradójicamente, más allá de nosotros mismos. En Jesucristo y en el don de su Espíritu se nos revela y se realiza nuestra vocación divina, que se manifestará definitivamente en la resurrección futura. Guardamos esto como un don gratuito, acogido libremente, al cual va respondiendo la persona por la fe. Esto que, en estos términos religiosos, reconocemos y esperamos como “salvación”, ha sido también objeto constante de intentos de emancipación del creador, por parte de una humanidad siempre inclinada a alcanzar con sus propios recursos la promesa que se repite en su interior, como una incesante y antigua tentación: “seréis como dioses” (Gn 3,5).

“ En la perspectiva creyente la lógica del don reclama una relación entre técnica y ética que no pase por alto la responsabilidad de “cuidar y mejorar el mundo”.



El verdadero desafío ético: ser más humanos

La antigua tentación y el afán prometeico vienen hoy de la mano de las perspectivas abiertas por la ciencia y la técnica en los campos de la medicina, la neurociencia, la genética y la ingeniería. Son las perspectivas que se nos ofrecen como nueva mitología en incontables relatos y películas de ciencia ficción. Algunas de estas promesas parecen empezar a cumplirse. Otras seguramente no cuentan con una base real, pues se fundan en una interpretación errónea, deconstructiva y reductiva de la persona, espíritu encarnado. Otras, sobre todo, no deberían cumplirse, pues no redundarían en una situación deseable para la sociedad en su conjunto y constituyen una auténtica amenaza.

Asumiendo las objeciones que se han hecho al antropocentrismo moderno, hoy no podemos obviar el contexto de grave crisis ecológica que afecta al mundo. El Papa Francisco, en su encíclica *Laudato Si'* sobre el cuidado de la casa común (2015), lleva a considerar las raíces morales de esta crisis, que reclaman una adecuada visión del ser humano y de su responsabilidad

hacia el mundo y sus congéneres. La perspectiva creyente aporta algunos criterios que empujan a mirar las propuestas transhumanistas con cautela.

Estos criterios apuntan hacia un “auténtico desarrollo humano”, que no consiste solo en logros técnicos cada vez más sofisticados por parte de unos pocos privilegiados. La lógica del don reclama una relación entre técnica y ética que no pase por alto la responsabilidad de “cuidar y mejorar el mundo”. Esto incluye el respeto del lugar que la persona debe ocupar como sujeto, centro y fin de todas las acciones e instituciones sociales. En definitiva, el criterio antropológico de fondo lo sitúa Francisco en un contexto más amplio —en este sentido, moderadamente “poshumanista”—, cosmológico, no entendido según la cosmología clásica, sino a partir de la categoría personalista de “don originario”. La “ecología integral” que propone el Papa incluye unidos al ser humano y a la creación que le ha sido confiada, no como un simple objeto ante sí, disponible para la explotación, sino como la “casa común” cuyo cuidado y mejora incluye tener en cuenta “estilos de vida, modelos de producción y de consumo y estructuras de poder” que respeten y fomenten la dignidad de las personas.

En resumen, nuestro gran reto no es traspasar lo humano, en detrimento de una inmensa mayoría de desechados, sino ser más auténticamente humanos.

“Nuestro gran reto no es traspasar lo humano, en detrimento de una inmensa mayoría de desechados, sino ser más auténticamente humanos”.

PARA EL TRABAJO PERSONAL Y DE GRUPO

VER, Mirada creyente.

Cada época tiende a desarrollar una escasa autoconciencia de sus propios límites. El ser humano no es plenamente autónomo. Su libertad se enferma cuando se entrega a las fuerzas ciegas del inconsciente, de las necesidades inmediatas, del egoísmo, de la violencia (LS 105).

Piensa si has oído en alguna ocasión la expresión: 'Como la técnica lo permite hágase' ¿Puedes poner un ejemplo de algún hecho que refleje esta frase?

Reflexiona ¿qué causas y consecuencias tiene esta frase para para los seres humanos? ¿Puede existir un crecimiento infinito e ilimitado que beneficie a todos?

JUZGAR, Reflexión creyente.

Los primeros capítulos del libro del Génesis dicen que cada uno de nosotros es una criatura deseada y amada por Dios por sí misma, no sólo un ensamblaje de células bien organizadas y seleccionadas en el transcurso de la evolución de la vida.

Jn 8, 31-32. La verdad os hará libres.

Rom 8, 14-17. Somos hijos y herederos de Dios .

Filipenses 2, 4-8. Cristo modelo de vida.

Laudato Si' 109. El discernimiento espiritual se presenta como la labor sincera de la conciencia, en su empeño por conocer el bien posible, sobre el que decidir responsablemente el ejercicio correcto de la razón práctica, en la relación personal con Jesús Nuestro Señor y a la luz de esta.

La medicina y la economía, la tecnología y la política que se elaboran en el centro de la ciudad moderna del hombre, deben quedar expuestas también y, sobre todo, al juicio que se pronuncia desde las periferias de la tierra. Debemos reconocer que la fraternidad sigue siendo la promesa incumplida de la modernidad. La fuerza de la fraternidad, que la adoración a Dios en espíritu y verdad genera entre los humanos, es la nueva frontera del cristianismo (Francisco, Carta Humana Communitas,13 (2019).

Desde los textos Jesús y la Doctrina social de la Iglesia, ¿qué interpelación te llega en relación con los hechos propuestos y reflexionados en el ver? ¿cómo juzgamos nuestro comportamiento ante cultura transhumanista? Deja resonar en ti los textos y escribe lo que te hayan sugerido.

Actuar, compromiso creyente

Para los creyentes, esa naturaleza humana, fuente de principios éticos, ha sido creada por Dios, quien, en definitiva, otorga un fundamento sólido a esos principios. Los cristianos creemos, además, que Dios nos ofrece su gracia para que sea posible actuar como hermanos (FT 214).

Teniendo en cuenta las interpelaciones de la reflexión que has realizado en el Juzgar-reflexión creyente, , concreta un compromiso sencillo, realizable y revisable que muestre cómo la fuerza de la fraternidad puede colaborar a ser más auténticamente humanos.

